

## La violación

**Lizardo Valdez\***

### Resumen

El autor relata un episodio del análisis de un niño de cuatro años, en el que coexisten los diagnósticos de psicosis y disfasia.

Ese episodio, en el que se acusa al analista de “violador”, amenaza gravemente la continuidad del análisis. En el trabajo se muestra cómo se manejó el analista en la situación y se discuten otras “violaciones” presentes en el análisis de este tipo de pacientes.

Plantea el posible papel defensivo de las teorías en relación con las emergencias clínicas y propone algunas Ideas para seguir pensando situaciones límites.

*Mayo de 1991*

### Summary

The author narrates as episode in the analysis of a four year old boy in which the diagnoses of psychosis and dysphasia coexist.

This episode, where the analyst is accused of “violating”, seriously threatens the continuity of the analysis. In the paper we see how the analyst coped with the situation and other “violations” present in the analysis of this type of patients.

The possible defensive role of theories to relation to clinical emergencies and some Ideas to continue thinking about limit situations are suggested.

La historia “en el análisis” o de un análisis, no respeta los tiempos cronológicos, ni las secuencias, ni siquiera hay un mismo protagonista. Es huella y afecto, asible y

---

\* Gregorio Suárez 2780. C.P. 11300. Montevideo

volátil, realidad en-sueño... Por eso cuando empecé a pensar este trabajo no podía empezar ni por el principio, ni por la historia del paciente, ni por el motivo de consulta. Pero ahí estaba esa imperiosa inquietud, mezcla de anhelo y dolor que, de tanto en tanto, me obliga a escribir.

\*\*\*

Ese lunes me había levantado mal. Una sensación de angustia indefinida fue aumentando a lo largo del día... No podía unirla con ningún hecho real que me causara preocupación. Por otra parte no es habitual que yo tenga esos estados. Ahora podría definirlo como algo del orden de la expectativa ansiosa., llegué al consultorio de niños para atender mi último paciente del día unos minutos antes de la hora. La inquietud seguía. Dispuse la caja de juego y recordé que Pablo había estado presente en mí durante el fin de semana. Una analista que comparte el consultorio conmigo, me preguntó por una toalla de uso común y que Pablo había guardado en su caja la última sesión. Le mencioné que Pablo se desvestía en la sesión y se bañaba, usando para ello la toalla.

Algo había salido afuera, innecesariamente.

Recordé el final de la sesión anterior e hice algunas anotaciones en el cuaderno: “Tuve la impresión que al verlo salir con el pantalón bajo, la abuela se escandalizó. Le habrá preguntado ¿qué hiciste? Siento que podría haberse perseguido conmigo.”

En ese momento suena el timbre y voy a atender.

Al abrir l. puerta busqué a Pablo y no lo hallé, el padre me dijo secamente:

“Hoy Pablo no va a venir, vengo yo.”

Hacía unos ocho meses que este hombre, de unos treinta años, había llegado por primera vez a mi consultorio llevando la voz cantante, mientras su mujer permanecía hundida en un sillón, dando la impresión de estar desbordada por la angustia. Me pareció un poco “durito”, medio obsesivo, digamos. El planteo fue simple, simple y dramático. Tenían dos hijos mellizos de tres años y medio que no hablaban o lo hacían muy poco y mal.

Recordé que mí primer trabajo psicoanalítico, hecho en colaboración con otra colega fue acerca de otros mellizos con un severo trastorno del lenguaje.

Ahora recuerdo que también en aquel momento dedicamos mucho tiempo a pensar la mejor forma., la forma correcta de presentar un trabajo científico.

Ese año ambos nos habíamos presentado a las entrevistas para entrar a la APU.

Me gustó la idea de retomar el tema de los comienzos, pero había algo más, Pablo,

uno de los mellizos había sido diagnosticado como autista por un Psiquiatra Infantil. Los padres habían empezado a leer sobre el tema y lo traían con el diagnóstico casi confirmado.

“Yo con Pedro me puedo comunicar, tengo esperanzas que va a salir, pero con Pablo no, no creo, está como en otro mundo, ni siquiera mantiene la mirada” -me dice el padre.

Sin embargo, las dos cosas que más molestaban a los padres fueron las que a mí me hicieron pensar que habla esperanzas. Pablo lloraba mucho cuando se separaba de la madre o de la abuela y tenía una moto que llevaba. a. todos lados: la lavaba, la tapaba y cuando la perdía ¿hacía unos escándalos bárbaros.

Vi a los dos niños juntos y envié a Pedro a una fonoaudióloga con el diagnóstico de probable disfasia. El trabajo con la gente del equipo de Mendilaharsu me ha enseñado que muchas fonoaudiólogas son además buenas terapeutas.

A Pablo le indiqué la misma fonoaudióloga pero, además, decidí empezar a trabajar con él. Sentía que él necesitaba un lugar propio y además no me sentía en condiciones de trabajar con ambos como algunos propugnan.

Un tiempo después les planteé a los padres tener encuentros con ellos una vez al mes.

Para abreviar diré que me metí a trabajar con Pablo con muchas ganas, tratando de acercarme a ese niño que ni siquiera me miraba, pero que aunque sea por instantes sentía que estaba allí conmigo.

Y en estos meses hubo cambios notables que me tenían muy entusiasmado a mí, a sus padres y a la fonoaudióloga especialmente en lo social, a pesar que persisten las dificultades del lenguaje en concordancia con el diagnóstico de disfasia que pareció confirmarse.

Lo que ha ido cediendo fue ese «algo más» de Pablo que lo mantenía alejado como en otro mundo. Y esta “mejoría” (llamémosla así, aunque sólo sea en un sentido descriptivo provisorio) culminó con su integración al jardín de infantes el día de la última sesión.

\*

Todo era pues como para festejar, pero allí estaba yo con esa sensación de angustia vaga y el padre mirándome con gesto adusto y diciéndome:

“¿Qué pasó la última sesión?, ¿Pasó algo raro?”. Inmediatamente todos los circuitos se

activaron, no fue necesario que dijera más. Había entendido y en una fracción de segundo me preparé para absorber el golpe, doloroso golpe pero que encontró la piel ablandada para recibirlo y no endurecida para rechazarlo.

“Mi suegra llegó angustiada, como que había pasado algo malo, extraño, como que usted había querido abusar del botija.”

Lo inesperado, lo insólito e incomprensible, se había dado con demasiada frecuencia en lo que va de nuestro trabajo.

\*

Recuerdo la primera vez que se desnudó en pleno invierno y se sumergió en la pileta del consultorio. Asombro, dudas: ¿dónde ponerlos límites, hasta dónde recorrer ese camino que sentía necesario?

Así fue durante meses el bebe dentro del útero, al que yo recibía y secaba con una toalla., hasta que pudo nacer de nuevo y allí estaba yo arropándolo y cantándole sus primeras canciones.

¡Qué lejos estaba todo esto del manual del analista ascético! ¿Y la regla de abstinencia., dónde había quedado? Estaba jugando al borde del reglamento, pero también Pablo estaba al borde de la vida.

Les conté a los padres algo de lo que estaba pensando, el sentido que podrían tener esas conductas regresivas y la necesidad de meternos en ese terreno de locura compartida. Ellos tenían que saber de ese otro niño que se estaba alumbrando, y estar preparados para las sorpresas.

Quizás estas violaciones de las reglas sagradas de abstinencia y secreto profesional, fueron las que permitieron salvar la situación presente.

De alguna manera, pues, la acusación de violador no era gratuita.

Un cronista objetivo, un desenterrador eficiente, un arqueólogo prolijo nunca hubiera sido acusado de violador., al menos en estos tiempos en que la arqueología psicoanalítica está instituida. Sin duda no hubiera sido igual en los orígenes.

De todas formas estas son reflexiones posteriores, en ese momento la acusación estaba allí y amenazaba la continuidad del análisis en sí misma. ¿Desde dónde responder? Busqué sin éxito una teoría que me diera la seguridad necesaria, y me vi arrojado a la insuficiencia y parcialidad de las teorías cuando de situaciones límites se

trata.

Me eché para atrás en la silla, moví la cabeza., creo que suspiré y dije:

“Pucha, pensaba que algo de esto podía pasar. Mire, hasta lo tenía escrito.” Di vuelta el cuaderno y le mostré los renglones donde estaban los comentarios de la última sesión.

Los dos respiramos aliviados. El efecto tranquilizador del “saber” es extraordinario.

No cabe duda, este creer estaba aprontado en el padre. Había un implícito por el que ambos aceptábamos que algo del orden de la sugestión, del poder del analista-hipnotizador, se colaba para que el análisis siguiera siendo viable. Mentira compartida y necesaria.

Y mantenida. Claro que no le dije que mi saber no era un saber conciente, pero ¿es que acaso se puede hablar con tanta naturalidad de esa cuota de magia y locura que circula en la relación transferencial? Creo que no, por eso, acto seguido. me encaramé en el pedestal del saber, y enuncié para él, para mí, ahora sí triunfante, una teoría.

Hay una locura que circula en el medio familiar, el niño es el depositario, al mejorar se enloquecen los otros y en este caso la abuela, (la suegra, cuándo no) jugó un papel decisivo. Caso resuelto: teníamos motivo, modus operandi y culpable. Y todo podía terminar acá, pero, ese empecinado analista que uno lleva dentro y que se resiste a aceptar entuertos totalmente deshechos, insiste.

Insiste reconociendo el valor continente de las teorías, pero en la necesidad de denunciar permanentemente su precariedad, que no es otra que la precariedad de nuestro saber, y por ahí vuelvo a la relación con el paciente, manantial inagotable de aprendizaje.

Este ir y venir de la clínica a la teoría, pasando por la reflexión, se parece a los desvaríos del hablar solo del loco. Pero el loco, ¿habla solo o habla para alguien que no siempre está para escucharlo?

\*

Volvamos a escuchar a Pablo, volvamos a la sesión que nos ocupa. Pablo había estado en sesiones anteriores haciéndose preguntas acerca de la diferencia de sexos. Miraba los patos por el lado de abajo y tomando la pata-mamá decía: «¿Ma no ichí», que yo traducía por “mamá no tiene pichi”<sup>1</sup>.

¿Como se mezclaban estas situaciones acordes a su edad con otras mucho más primitivas! Pasaba del bebe desnudo, necesitado de caricias y afecto, el investigador edípico, donde mis mismos gestos cobraban un sentido de seducción. Y todo en una

---

<sup>1</sup> Pichí es el nombre que usan para referirse al pito.

misma sesión.

Partes, si. Aspectos, si, pero todas eran concepciones tranquilizadoras que no daban cabalmente cuenta de la complejidad de la situación y donde yo sentía que había un mensaje desafío, enigma a descifrar, juego que engloba al juego, pero en el que no se podía errar, porque sus consecuencias podían ser modales. Había un texto a traducir en el juego, había también un diálogo entre nosotros que era lo más importante, y el texto quizás sólo su excusa.

Si yo priorizo el diálogo, la relación entre nosotros, estoy-estamos, aunque no entienda muchas cosas del texto. Si pongo mi atención en los textos, encontraré una cantidad de mensajes o líneas interpretativas, a veces superponibles, otras no.

Puedo incluso llegara tenerla ilusión de que cuanto más textos traduzca, más voy a entender... y un día lo sabré todo. ¿Y no es esta precisamente la trampa? ¿No será ese ¿estar? lo que cura a pacientes tan perturbados, y que la fuerza de estas patologías reside precisamente en la dificultad de dar cuenta de ellas en una forma científicamente creíble?

Por otro lado, qué difícil es que no se nos escapen afirmaciones encubiertas como preguntas.

De la falta en la madre, Pablo pasa a la falta en él. Toma una moto<sup>2</sup> a la que le falta una rueda y dice: “¿Qué hiciste?” Le digo que le reprocha a su madre que lo hizo incompleto, deforme, sin poder hablar.

Se saca a medias el pantalón (una pierna sí. la otra no) y le digo que parece estar de acuerdo conmigo sintiéndose a medias. Continúa con variantes de ese juego poniéndose una pierna y un brazo en el pantalón y alternando el ¡qué hiciste! con el ¡auxilio, auxilio!

Todo parece bastante concordante, se siente deforme, incompleto, reprocha y a. la vez pide ayuda, cosa que ya ha hecho en otras ocasiones.

Sin embargo, sigue insistiendo, como que algo del sentido no estuviera del todo entendido. Parece claro, pero... En el momento de terminar juega, como tantas veces, a no dejarse poner la ropa, y como tantas veces me evoca al niño de algo más de un año jugando a. no dejarse vestir. Cuando le pongo un zapato se saca el otro, termino de atarle el segundo y se saca el primero, y todo esto con una satisfacción lúdica muy intensa, que a mi las más de las veces me divierte, pero otras me irrita... Me irrita que no se reduzca a un funcionamiento razonable.

A la hora de escribir esto tengo la tentación de pensar que estoy ante una mente

---

<sup>2</sup> En varias oportunidades la. moto era Pablo.

genial, una sabiduría superior, que en su forma de juego-niño, parece enseñarme sobre la inasibilidad de los fenómenos psíquicos y que toda aproximación teórica, intento de encasillamiento, domesticación, es de validez efímera.

Pero yo tenía otras exigencias, las de la realidad. Me esperaba otro paciente así que doy por terminada la sesión. Pablo se baja algo el pantalón y sale afuera. La abuela mira espantada y creo que dice: “¿qué hiciste?”

El resto hasta la entrevista con el padre, ya lo conocen. Pero ¿qué pasó después de esa tranquilización momentánea? Yo seguí sintiéndome mal, no tenía idea y me preguntaba hasta qué punto ese episodio había comprometido el análisis. ¿Podrían la madre y la abuela de Pablo recuperar la confianza perdida?

¿Por qué los padres no me defendieron ante la abuela? ¿Había ya algo de lo destructivo aprontado en ellos? ¿Cómo influiría en Pablo todo este clima? y por último ¿cómo influiría en mí?

¿Podría seguir trabajando con la libertad que lo hice hasta ahora o empezaría a cuidarme?

Tuve ese sentimiento de desesperanza profunda, de ganas de abandonarlo todo, sentí que contra tanta muerte y destructividad nada se puede hacer.

Sentimientos estos con los que me he encontrado en el trabajo con pacientes psicóticos y que he llegado a creer que se trata de la proyección sobre mí de lo que siente el paciente.

Si yo me dejo vencer, él está vencido, sí puedo seguir empecinado, aún hay esperanzas.

Así oscilo en mis apreciaciones. Por un lado el «pobre» Pablo, víctima de la destructividad familiar, lo que me llevaría a protegerlo y a dirigir mis interpretaciones y señalamientos al medio familiar. Por otro lado me empieza a aparecer otra hipótesis: Pablo mismo preparó todo esto, o al menos una parte de él. Mientras una parte hacía sus avances, se comunicaba conmigo, exploraba su sexualidad, se preocupaba por su déficit, otra, usando los mismos instrumentos, dejaba oír a la abuela pedidos de auxilio, «¿qué hiciste», etc., que preparaban, con su salida final, la aniquilación de los logros del análisis y de mí mismo. La continuación del malestar en mí, aún después del encuentro con el padre, me parece que era el único índice que quedaba de que algo no andaba bien.

¿Qué cosas en mí podrían oscurecer esa comprensión? Supongo que la satisfacción narcisista de haber sorteado una situación difícil, además de poderla conceptualizar teóricamente y hacerla creíble a la familia, es uno de los elementos que con frecuencia

angosta nuestro entendimiento.

Por otro lado lo más razonable de algunas hipótesis, invitan a desechar otras con un contenido cuasi mágico. Y no fue fácil. Cuando en una entrevista comuniqué a los padres este segundo entendimiento, que no relevaba al primero, sentí una mirada que suena más o menos así: «usted está medio loco.»

¿Cómo puede pensarse tanta astucia y maldad en un niño de cuatro años? La madre, que ya estaba aliviada, volvió a inquietarse. Es difícil aceptar que las cosas no se resuelven de una vez para siempre, que lo destructivo insiste una y otra vez y que nuestra arma fundamental, a mi modo de ver, es no ser destruido, no evitar ataques impredecibles sino sobrevivir a ellos, seguir estando.

Me tomo en serio a los fantasmas.

Sentí como otras veces que estoy en una “pelea” con esa otra parte y a la que debo de quitarle la mayor cantidad de espacios posibles.

“Quiero hablar con la abuela” -dije a los padres.

“¿Le parece, es necesario? Para ella va a ser muy violento.”

¿No es cierto, lo violento sería dejar esto así. Explíquenle -les dije- que no vamos a discutir ni a confrontar, vamos a tratar de entender y sobre todo ayudar a Pablo.”

Al fin accedió, vino sola, avergonzada., turbada y pude confirmar la segunda hipótesis.

Ella había sentido los gritos de Pablo, fueron los gritos los que la hicieron pensar en la violación. Tal grado de realidad había tenido para ella la situación que se quedó retrasada en el consultorio para desvestir a Pablo y revisarlo... “No encontré nada pero quedó con mucha angustia.”

Me llamó la atención que aceptara con más facilidad que los padres la hipótesis de la inducción de Pablo... Claro, quedaba libre de culpa y ahí recordé algo del comienzo de su relato. “Yo estaba dormida, no sé si soñé o qué, que a Pablo le hacían algo y me desperté con los gritos.”

¿Puede el pensamiento de alguien, o un pensamiento ni siquiera pensado, penetrar dentro de otro, violar su intimidad y generar un sueño u otro fenómeno psíquico?

Es como si al disminuir las defensas por el sueño se facilitara la parasitación por los aspectos locos de Pablo y ella actuara su locura.

Me contenté con haber reconstruido en lo esencial la confianza con la abuela., pero no me pareció procedente internarme por esos derroteros, aunque no dejen de inquietarme.

En todas estas cosas, pasaron unos diez días en los que no vi a Pablo. ¡Cuánto avanzó el análisis de Pablo sin Pablo! ¿Es una paradoja? Pienso que el «sin» es sólo aparente, él estaba presente en los padres, en la abuela, en mí mismo y en toda esta situación que procurábamos desenredar.

Sólo quedaba por ver si esto había producido algún efecto en Pablo, sí la hipótesis del juego-enigma propuesto había sido satisfactoriamente resuelta.

A poco de entrar empieza a gritar “auxilio, qué hiciste, socorro...”, y sale corriendo a la sala de espera y se sienta en la falda del padre.

Mientras en la cara del padre se pinta la confusión y el desconcierto, Pablo ríe con una risa de satisfacción.

Camino hacia ellos, lo tome en brazos, mientras le digo: “Querés asustar a papá como asustaste a la abuela, pero ahora es un juego ya está descubierto.”

Me abraza fuerte y entramos al consultorio. Volverá a repetir lo mismo, hasta que mis sucesivas interpretaciones tranquilicen al padre.

Pablo se muestra contento no nudo engañarme. Todos hemos sobrevivido al ataque.

Yo también disfruto el momento.

Evoco las amarguras vividas, las ganas, por momentos irrefrenables, de tirar todo al diablo, evoco la desesperanza, que sin duda no se fue para siempre.

Pero también tengo delante mío un graffiti, pintado cerca de la Asociación y que me acompañó en los momentos difíciles: “Animo compañeros que la vida puede más”.

No sé si es verdad, pero sigue siendo lindo creerlo.